

UNAS PALABRAS FINALES

MARÍA SOLANO ALTABA

Permítanme que inicie estas palabras con un recuerdo personal. Mi madre es una enamorada de Delibes y tenía toda la colección de sus libros en nuestro cuarto de estar. Yo era niña y, de tanto aburrirme tantas veces alrededor de aquella mesa en las tardes tontas en las que no hay nada mejor que hacer, me sabía prácticamente de memoria todos los títulos (los que ya había escrito a mis once años). Y entonces me leí el primero porque así lo decidió mi profesora en ese momento clave en que cambiaba de edificio, ahí es nada, y dejaba la primera parte de mi educación primaria. Se daba la circunstancia de que mis padres habían decidido enviarme a Inglaterra y yo me sentía como el tristísimo Daniel, el Mochuelo. Marieta, la Mochuela, pero con las pecas de la pobre Mariuca-uca.

Porque aquello del progreso, a miles de kilómetros de mi casa, me parecía de lo menos acertado del mundo. Pero igual que el Mochuelo, mis ojos no podían parar de mirar al mundo con inquietud desbordante, y aunque me marché pensando que no era aquel el designio del Señor para mí, se ve que sí lo era (y que mis padres, como los del Mochuelo, nos llevaban años de ventaja).

Pienso hoy en los alumnos de nuestra Universidad, de nuestras universidades, jóvenes Mochuelos que se debaten entre «el progreso» que supone adentrarse en el estudio de una carrera, ese que atraviesa el valle en tren, ese que implica esfuerzo y tesón, y a las tardes bajo la encina frente a la Poza del Inglés. Y se encuentran en ese punto de sus vidas que tan bien describe Delibes en su obra, ese en el que barruntan que quieren ampliar su mirada, pero acallan las mariposas de lo desconocido con una imagen idealizada de su vida anterior. Más cómoda, más sencilla, más limitada. Pero descubrirán, como Delibes, que el mundo hay que mirarlo a vista de milana.

Porque al final, a Delibes le ocurre como a sus personajes: aparenta estar atrapado en la tierra sobre la que pisa firmemente, arma en ristre, en busca de la mejor perdiz, pero los universales que recoge su obra trascienden

fronteras y eras, no pueden ser más globales, más atemporales, más permanentes. Ahí están la vida y la muerte, la familia y la amistad, la soledad y la tristeza, la alegría, la fe, la falta de fe... Y esos universales que esconde su prosa se hacen vida en cada palabra porque Delibes es, ante todo, un contador de historias. Por eso es tan buen periodista como literato.

La nuestra –la de periodista y la de literato– es realmente una sola profesión: la de prestar nuestros sentidos al prójimo para acercarle una realidad que de otro modo no podría conocer, la de fabricar con la palabra precisa una verdad (entendida como la adecuación del conocimiento a la realidad) que despierte su intelecto, que llegue tan profundo que lo haga partícipe de lo que quien escribe está viviendo.

Por eso, Delibes es capaz de llevarnos de viaje, introducirnos en la vida de un Mario muerto, trasladarnos a lo más profundo de la naturaleza, al arte de la caza, a lo más inhumano de la persona, a lo más humano, a sus emociones, a la mesa de una familia, como nos ha glosado nuestra catedrática Ana Isabel Ballesteros.

Hoy estamos más cerca de ser un poco mejores gracias a la aportación de don Miguel.